

## EL PROBLEMA DEL MAL EN LA "GUÍA DE PERPLEJOS" DE MAIMONIDES

LYDIA CAMPOS \*

De la gran variedad de temas desarrollados en la *Guía de Perplejos* bajo la óptica filosófico-telógica, se destaca el problema del mal. En su tratamiento Maimónides ha sido fiel a la intención expresada en la Introducción de la obra: por un lado, que la misma permita salir de su desconcierto a quienes no saben si seguir los dictados de su razón o de su fe; por otro, que su explicación pueda ser captada —y cada uno lo hará en su medida— tanto por la gente sencilla como por los eruditos. Sólo habrá una limitación: "Los misterios del Eterno son para los que le temen" (Sal. XXV, 14)<sup>1</sup>.

El mal se presenta claramente para Maimónides como privación de bien. Todo bien procede de Dios, que como Creador lo es siempre de *lo que es*, y lo que es bueno. En la *Guía de perplejos* leemos:

"Así la verdadera acción de Dios es el bien, puesto que es el ser"<sup>2</sup>

La gente común, "perpleja", puede caer bajo la influencia de las doctrinas del Kalám; de ahí que Maimónides reiteradamente señale los errores que ellas contienen. En distintas partes de la *Guía*, y a propósito de diversos temas, desarrolla argumentos contra los *mutakallimin*, teólogos musulmanes que, entre otras teorías, sostienen el atomismo como base de explicación de la realidad<sup>3</sup>.

En el caso concreto del problema del mal, la cuestión se relaciona específicamente con una de las doce proposiciones sostenidas por los *mutakallimin* para probar la temporalidad del mundo, la existencia, unidad e incorporeidad de Dios. Se trata de la séptima proposición que Maimónides recoge en su *Guía* y que dice:

\* Universidad de Buenos Aires. Centro de Estudios de Filosofía Medieval.

<sup>1</sup> Moïse ben Maimoun, *Le guide des égarés* trad. sur l'original arabe par S. Munk, Paris 1856. 3 v. reimp. 1964. Título original árabe *Dalalat al hairin* (en hebreo *More nevujim*). En este caso v. Introd.

<sup>2</sup> *Guía*, III, 10. En ésta y demás citas que siguen, hemos preferido atenernos a la versión de Munk, que traducimos.

<sup>3</sup> Sobre el Kalam y la posición de los *mutakallimin* ver S. Munk, *Mélanges de philosophie juive et arabe*, Paris, 1955, cap. III, 320-325. Dentro del texto: *Guía*, I, 71 y nota 2 de S. Munk al resp. pp. 335 y sigs.

“La razón de ser es la misma para las capacidades y para sus privaciones, y todas ellas son accidentes reales que necesitan de un eficiente”<sup>4</sup>.

Es decir que para los *mutakállimin* las privaciones de capacidades (accidentes negativos) como ceguera, sordera, ignorancia, son producidas por Dios en la sustancia que las contiene, lo mismo que los accidentes positivos. Así, según ellos, Dios crea la muerte y la vida, el reposo y el movimiento. Sostienen que la causalidad no reside en las leyes de la naturaleza, sino que sólo Dios es causa.

Al hacer el análisis de la posición de los *mutakállimin*, Maimónides hace notar que como el único no-ser que ellos reconocen es el no-ser en sentido absoluto, que no tiene necesidad de agente (dado que no es ni será jamás), para todo lo que no sea ese no-ser absoluto, como por ejemplo las privaciones, se necesita una causa eficiente y esa causa no puede ser sino Dios. De esto surge que las privaciones tienen, según ellos, existencia real:

“Pero aunque digan que el no-ser no requiere agente, dicen empero, conforme a sus principios, que Dios hace ciego y sordo, y vuelve al reposo lo que está en movimiento; pues estas privaciones son, según ellos, cosas que existen (positivamente)”<sup>5</sup>.

Maimónides, consciente de las consecuencias de estas afirmaciones, ve la necesidad de refutarlas cuidadosamente. Pero ¿cómo deben interpretarse algunos textos de las Escrituras donde parece aludirse a las mismas ideas que se están rechazando? ¿Podría de algún modo atribuirse a Dios el ser la causa de la privación, si tomamos en cuenta las palabras de Isaías (XLV, 7). “Yo soy el que forma la luz y crea las tinieblas, el que hace la paz y crea el mal”, dado que las tinieblas y el mal son privaciones? La respuesta de Maimónides consiste en destacar que, en las palabras de Isaías, el verbo empleado para las privaciones no es “hacer” sino “crear” y que el verbo “crear” en hebreo presupone lo inexistente. Es decir que no se emplea el verbo “hacer” para las privaciones, pues no son algo que tenga una existencia positiva, sino “crear”, verbo que se relaciona con el no-ser como cuando se dice “en el principio *creó* Dios...”.

En otro pasaje, como el de Exodo IV, 11 que dice: “¿Quién ha dado al hombre una boca, quién hace al mudo, al que ve y al ciego?”, nos dice que debe entenderse en sentido figurado, y que en todo caso si se interpretara que Dios ha producido una materia impropia para recibir una capacidad, dando como resultado una privación, ello sólo podría entenderse como una acción indirecta.

Concluye Maimónides:

“Según estas premisas, habrá que reconocer con certeza que en modo alguno se podría afirmar de Dios que El traiga el mal directamente, quiero decir que Dios tenga primitivamente la intención de hacer el mal. Eso no podría ser, pues todas sus acciones, por el contrario, son el puro bien...”<sup>6</sup>.

Ahora bien, es necesario precisar más qué se entiende por “privación”, y la relación que la misma puede tener con la acción del Creador. Es claro para Maimónides que el mal es considerado como tal sólo en relación con algo, y que

<sup>4</sup> *Guía*, I, 73.

<sup>5</sup> *Guía*, III, 10.

<sup>6</sup> *Guía*, III, 10 (p. 53 ed. Munk).

consiste —cualquiera sea el mal del que se trate— en la privación de ese algo. Así en el hombre la muerte es un mal porque implica inexistencia, lo mismo la enfermedad, pobreza e ignorancia porque son privaciones de capacidades. Las nociones aristotélicas de *materia* y *forma* le sirven para señalar dos aspectos de esa privación:

“La muerte, respecto de todo ser viviente, la privación de la forma; e igualmente, para todo lo que perece de entre los demás seres, la destrucción no es otra cosa que la privación de su forma”<sup>7</sup>.

En cuanto Dios produce la materia en la naturaleza, y siendo propio de ella el estar asociada a la privación<sup>8</sup>, podría decirse que Dios es causa de toda corrupción y de todo mal. Aquí Maimónides se está refiriendo nuevamente al modo de acción indirecta que surge como consecuencia de la creación de diferentes niveles ontológicos, cada uno con sus leyes propias. Por eso agrega:

“... toda cosa a la cual Dios no ha dado esta materia no perece y no está sujeta a ninguno de los (diferentes) males”<sup>9</sup>.

Y aunque dentro de las leyes propias de la materia a la que Maimónides llama “inferior” esté la de ir asociada a la privación<sup>10</sup> que entraña la muerte y otros males, a pesar de eso

“...el ser de esta materia ... es ello no obstante un bien, vista la perpetuidad del nacimiento y la reproducción continua y sucesiva del ser”<sup>11</sup>.

Cita luego Génesis I, 31 para reforzar con el texto sagrado su propia interpretación: “Vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho”.

¿Cuál es la visión del hombre común respecto del mal? Según Maimónides es frecuente que la mayoría de las personas consideren que en el mundo hay más males que bienes, y así lo expresan a veces en dichos y poemas. Es en realidad la manifestación, en forma de queja, del dolor del hombre ante el infortunio. Menciona dentro de la misma opinión a Al Razi, en cuya obra filosófica, *Al Ilahiyat* (Cosas divinas o metafísicas), se hace un recuento de las penas y calamidades que sufren los humanos, en comparación con las cuales el bienestar y los placeres son mínimos. Hasta la existencia es vista como un castigo que al hombre le ha sido impuesto<sup>12</sup>.

<sup>7</sup> Ibid.

<sup>8</sup> Es conveniente establecer la relación con lo dicho en la I parte: “Sabes que los principios de los seres que nacen y perecen son tres: la materia, la forma y la privación particular que está siempre unida a la materia; pues si esta última no estuviera acompañada por la privación, no le sobrevendría forma alguna” (cap. 17, p. 69).

<sup>9</sup> *Guía*, III, 10 (p. 64 ed. Munk).

<sup>10</sup> Según hace notar Munk, Maimónides reitera aquí lo que ya ha señalado en otros pasajes, y es que la materia no cesa de despojarse de una forma para asumir otra; hay en la materia un nacimiento perpetuo donde las formas individuales se suceden sin interrupción.

<sup>11</sup> *Guía*, III, 10, p. 64.

<sup>12</sup> En opinión de Maimónides, aunque Al Razi había alcanzado cierto prestigio como médico, su obra filosófica carece de valor. Es evidente que su intención al mencionarlo es poner un ejemplo de una visión negativa de la vida, compartida por quienes niegan la bondad de Dios.

La causa de este error es que sólo consideran al universo en función del hombre. Pero si se tomara en cuenta la totalidad del cosmos, y el ser humano se percatara de su insignificancia dentro del mismo, claramente se vería que lo que abunda es el bien, el ser, y no el mal. Maimónides no niega la importancia del hombre en el universo —a pesar de que en este pasaje<sup>13</sup> selecciona algunas citas bíblicas como Ps. CXLIV, 4; Job XXV, 6; Is. XL, 15, que tienen la finalidad de mostrarlo en su pequeñez— pero señala que

“El hombre no es sino el más noble de los seres sujetos a la contingencia...”  
y que

“...la especie humana es bien poca cosa en comparación con el mundo superior...”<sup>14</sup>  
(esferas, astros, ángeles).

Después de estas consideraciones analiza Maimónides los males que aquejan al hombre. La primera clase de males comprende los que el hombre padece como naturaleza sujeta a nacimiento y muerte, características ya mencionadas, propias de la materia:

“...la sabiduría divina ha querido que el nacimiento sólo tuviera lugar como consecuencia de la corrupción, y sin la corrupción individual no habría nacimiento específico permanente”<sup>15</sup>.

Es por estar dotado de materia que el hombre padece enfermedades y está sujeto, dentro de su mundo, a los cataclismos producidos por la alteración de los elementos de la naturaleza. ¿Cuál es la actitud que suele asumir el hombre frente a la evidencia de esta clase de males?

- a) *Caer en la contradicción*: pues por un lado el hombre se sabe un ser vivo racional y mortal, conforme a su naturaleza, y por otro lado no quiere estar sujeto a los accidentes de la materia. Con lo cual lo que el hombre pretendería lograr, aún sin darse cuenta, es la conjunción de elementos contradictorios: estar y no estar sujetos a la materia.
- b) *Rebelarse*. Esta actitud frente a las enfermedades y males innatos se debe a que el hombre no repara en que:

“Todo lo que puede formarse de una materia cualquiera, se forma de la manera más perfecta posible que admite esta materia específica, y la imperfección que afecta a los individuos de la especie proviene de la imperfección de la materia (particular) del individuo”<sup>16</sup>.

Con estas palabras Maimónides está indicando niveles de funcionamiento en el desarrollo de la materia: el que corresponde al orden de la especie —el más apto para la conservación de la vida— y el orden individual en el que los accidentes que se producen en ese desarrollo se deben a la debilidad de los eslabones y sólo a ellos atañe. Por lo tanto los casos individuales no alteran el equilibrio universal.

<sup>13</sup> *Guía*, III, 12 (pp. 69-70 ed. Munk).

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 73.

- c) *Lamentarse*. Frente a la queja de los hombres por sentirse inermes frente a los fenómenos naturales, Maimónides responde restándoles importancia: cataclismos en la naturaleza raramente ocurren y comparativamente son más los seres y las ciudades que no padecen por ellos. Esta respuesta coincide con su planteo inicial acerca de que lo que abunda es el bien y no el mal, tratado al comienzo del cap. XII.

Podría decirse entonces que este primer tipo de males afecta al individuo y no a la especie. Dios como Creador y como Providente atiende a ambos aspectos, dando a la naturaleza el mejor modo para su conservación y dándole a cada hombre inteligencia para poder captar —en la medida de sus posibilidades— el sentido de esa obra creadora.

La segunda clase de males abarca a los que mutuamente se causan los humanos, y son más numerosos que los de la primera clase. Por ejemplo la tiranía que ejercen unos hombres sobre otros, robos, muertes, etc. y cuyas causas aunque no las desarrolla en este párrafo, evidentemente se relacionan con la tercera clase de males de que hablará más adelante. Sí destaca aquí dos aspectos: 1º "...el que los sufre nada puede contra ellos" y en 2º lugar que "...solamente en las grandes guerras los males de esta especie afectan a mucha gente; pero aun eso mismo no es frecuente en relación con la totalidad de la tierra" <sup>17</sup>.

La tercera clase de males está referida a los que el hombre sufre por obra exclusivamente suya. Tales males son más numerosos que los anteriores, de modo tal que recae sobre el hombre la responsabilidad por ese orden creciente. La causa de estos males hay que buscarla en su propia intemperancia cuando se deja dominar por la materia.

Se pueden señalar varios aspectos a partir del análisis que Maimónides hace de estos males:

- a) El hombre es responsable por ellos y pocos pueden decir que no lo sean. La misma selección de textos sagrados ilustra al respecto: Eclesiastés VII, 29, Job V, 6.
- b) El hombre se lamenta, pero lejos de ser una *víctima* es *culpable* y merece castigo. En el sentido que quiere destacar Maimónides en este capítulo, efectivamente el hombre no es una víctima, aunque se convierte en el principal "sufriente" de sus errores. Genera para sí una doble desventura al alejarse de Dios quedando preso de la materia, y al ponerse obstáculos que le impiden desarrollar su propia esencia.

Por otra parte, al hablar de que el hombre merece castigo, Maimónides no hace constar ese mismo castigo en la categoría de males, tal como el hombre desde su perspectiva podría considerarlo. Aunque las Escrituras abundan en ejemplarizadores castigos por parte de la justicia divina, éstos no son aquí mencionados como males. En cambio en el cap. XVII de esta misma parte, cuando trata acerca de la Providencia divina dice:

"Todas las condiciones variadas en las que vemos a los individuos humanos... vemos en ellas el efecto de lo que el individuo ha merecido según sus obras. Admitimos que todo lo que ocurre al hombre

<sup>17</sup> Ibid., p. 74.

es efecto de lo que él ha merecido; que Dios está por encima de la injusticia y que no castiga sino a aquel de entre nosotros que ha merecido el castigo”<sup>18</sup>.

Hay que agregar que en este tema Maimónides no comparte la opinión de los mutazilíes<sup>19</sup> acerca de que el hombre a veces se ve afectado por desgracias que no son consecuencia de pecados anteriores, sino etapa previa para una mayor recompensa<sup>20</sup>.

- c) El apetito desordenado es la causa del desequilibrio tanto en el orden corporal como en el espiritual. En el orden corporal es evidente que el que habla es Maimónides médico, que incluso señala que el alma sufre las consecuencias de las alteraciones que experimenta el cuerpo. En el orden espiritual:

“...el alma se familiariza con las cosas no necesarias y se habitúa a ellas, de modo que adquiere el hábito de desear lo que no es necesario ni para la conservación del individuo, ni para la de la especie. Ahora bien, ese deseo es una cosa que no tiene término; pues si las cosas necesarias son todas restringidas y limitadas, lo superfluo, por el contrario, es ilimitado”<sup>21</sup>.

- d) El hombre presa de sus propios deseos y sin poder satisfacerlos todos, ya visto que son inagotables, hace culpable a Dios de su “desventura”:

“He ahí a qué punto ha llegado el error de las gentes vulgares; han llegado hasta a acusar de impotencia al Creador, por haber creado el universo con esta naturaleza que, como ellos imaginan, produce necesariamente esos males...”<sup>22</sup>.

Según Maimónides los males sólo pueden ser considerados como tales o bien por una equivocada manera de entender el plan del universo o por la intemperancia de los humanos.

Como ya se ha señalado, todo el texto se enmarca en la concepción del mal como privación, y en este sentido es importante destacar lo que Maimónides dice en el cap. 11 de la III parte. Allí podemos leer que la *ignorancia en cuanto privación de conocimiento* es la causa de ciertos males que recaen sobre los hombres:

“Si poseyesen la ciencia, que es a la forma humana lo que la facultad visual es al ojo, estarían impedidos de hacerse mal alguno a ellos mismos y a los demás...”<sup>23</sup>.

<sup>18</sup> *Guía*, III, 17, pp. 125-126.

<sup>19</sup> Sobre la secta de los mutazilíes cf. S. Munk *Mélanges de philosophie...*, p. 311. *Guía*, I, 71, n. 1.

<sup>20</sup> En el cap. 24 de la III parte Maimónides desentraña el sentido de las “pruebas” a que Dios somete a los hombres. Para nuestro autor carece de sentido pensar que Dios “prueba” a una persona inocente enviándole calamidades para luego aumentar su recompensa, ya que ese principio no aparece en la Torá. Por otra parte Dios no necesita “saber” cuál será la actitud de un individuo ante la supuesta prueba.

<sup>21</sup> *Guía*, III, 12, pp. 76-77.

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> *Guía*, III, 11, p. 65.

¿Cómo hace el hombre para subsanar esa *privación*, para conocer? Aquí aparece la cuestión claramente dirigida al plano ético: sólo la observancia de la ley permite captar la sabiduría con que ha sido hecho el universo. Comentando el texto de Sal. XXV, 10: "Todas las sendas del Eterno son benevolencia y verdad para los que guardan su alianza y sus mandamientos"<sup>24</sup>, dirá que quienes captan el sentido del universo:

- a) Se aplican a desarrollar lo que constituye su destino como hombres, es decir la percepción intelectual.
- b) Buscan sólo lo necesario en el orden corporal y huyen de lo superfluo.
- c) No tienen dificultad en alcanzar lo que necesitan. La Providencia ha hecho que lo que es indispensable para cualquier naturaleza, más cercano y accesible se encuentre.
- d) Entienden la justicia y equidad de Dios que ha hecho a todos los individuos iguales dentro de la misma especie y diversos fuera de ella. Cada especie tiene lo que necesita, si algunos poseen lo superfluo, eso no agrega nada a su sustancia, sólo tienen una ilusión; y el que no lo tenga no padece ni injusticia ni violencia.

Maimónides ha dicho que el hombre sensato y virtuoso conoce porque permanece unido a Dios (respeta su alianza) y obedece la ley (observa los mandamientos), pero ¿en qué reside el impedimento para *conocer*? Relacionando los capítulos 8 y 9 de la III parte, surge la respuesta. En el cap. 9 señala que la materia constituye el "velo de nuestro intelecto" que nos impide alcanzar el conocimiento de Dios y es fuente de imperfección. En el cap. 8 ya había desarrollado con más detalle la misma valoración acerca de la materia. A la forma, en cambio, Dios le otorgó

"...ejercer un poder sobre la materia, dominarla, gobernarla, de modo de subyugarla, reprimir sus exigencias y hacerla perfecta e igual en la medida de lo posible"<sup>25</sup>.

Por la forma se da el acercamiento a Dios. Y en esto dirá Maimónides que hay categorías entre los humanos: los que prefieren siempre lo más noble se apartan de los requerimientos de la materia, buscan lo inteligible y cuando se ven arrastrados por lo corpóreo

"...sienten dolor y vergüenza de haberse abandonado a ello, se ruborizan de haber sido así mancillados y se esfuerzan lo más posible por disminuir esta vergüenza y por preservarse de ella en todas las formas"<sup>26</sup>.

Estos hombres merecen el calificativo de *libres*.

Existen luego los que están tan notoriamente separados de Dios por el "velo" de la materia que sólo a ella responden, alejándose de lo inteligible. Estos serán llamados *esclavos*.

Maimónides hace en este capítulo dos consideraciones muy interesantes. La primera es que el *pensamiento* sobre el pecado es más grave que la *ejecución*

<sup>24</sup> *Guía*, III, 12, p. 77.

<sup>25</sup> *Guía*, III, 8, p. 46.

<sup>26</sup> *Guía*, III, 8, p. 47.

del mismo. En el pensar el hombre compromete su forma, lo que tiene de más noble, lo que le es propio. Mientras que en la acción se pone en juego su materia, su "animalidad"<sup>27</sup>. Es decir que cuando ejecuta tal pecado lo hace por los accidentes inherentes a esa parte menos noble de su ser, que es la materia. De ahí la diferencia que establece en la gravedad de la falta.

La segunda consideración se refiere a la materia más o menos "dócil" que a uno le puede haber tocado en suerte, y califica tal hecho como "don divino":

"Si alguno posee una materia buena y bien dispuesta, que no se engría por esto y no altere su equilibrio interior, pues se trata de un don divino. En general, es fácil gobernar la materia bien dispuesta, pero si no es bien dispuesta, no es empero imposible domarla a fuerza de ejercicio"<sup>28</sup>.

En una palabra, a unos les puede resultar más fácil que a otros ser virtuosos, pero aun aquellos que no han sido favorecidos pueden alcanzar tal dominio con la práctica. El mérito está en llegar a la virtud y ésta no consiste en la mera tendencia ni hacia lo material ni hacia lo inteligible.

¿Qué lugar le asigna Maimónides a la perfección moral en relación con el fin último del hombre? En el cap. 54 de la III parte señala que se dan en el hombre cuatro clases de perfecciones: la primera es aquella en la que los hombres emplean prácticamente toda su vida, y es la posesión de toda clase de objetos; es perfección muy relativa, ya que no agrega nada a su esencia. La segunda tiene que ver con las perfecciones corporales, y si bien se relaciona con la naturaleza humana sólo lo hace por su parte animal. Es mejor que la primera, pero no ofrece ninguna ventaja para el alma.

La tercera clase de perfecciones es la que se refiere a las cualidades morales, y señala Maimónides que la mayoría de los mandamientos tratan de hacernos llegar a ella. Considera que las cualidades morales no son más que una preparación para otra perfección que consiste en la adquisición de virtudes intelectuales. Estas constituirían la cuarta clase de perfecciones y son las que pueden proporcionarnos ideas claras sobre asuntos metafísicos. Alcanzar las virtudes intelectuales es el fin último del hombre.

Algunos hombres pueden haber alcanzado las virtudes morales y faltarles, no obstante, el último tipo de perfecciones. Tal parecería ser el caso de Job. Maimónides hace notar que en el relato bíblico no se le atribuye a Job sabiduría, sino sólo cualidades morales:

"En efecto, si hubiera sido un sabio, su situación no hubiera tenido para él nada de oscuro, como lo expondremos más adelante"<sup>29</sup>.

Maimónides dedica un tratamiento especial al caso de Job, seguramente porque en él se produce el punto de encuentro entre la noción de Providencia y una manifestación paradigmática del mal en el mundo. Significa también la oportunidad de exponer, a través de las palabras de Job y de sus amigos, diversas explicaciones acerca de la Providencia.

<sup>27</sup> Respecto de la influencia aristotélica es interesante lo que hace notar Munk en *Mélanges*, pp. 316-317, acerca de las reservas con que Maimónides toma, en algunos temas, lo dicho por Aristóteles.

<sup>28</sup> *Guía*, III, 8, p. 49.

<sup>29</sup> *Guía*, III, 22, p. 163.

¿Qué relación hay entre Dios y los males que le acontecen a Job? Tanto Job como los que lo rodean coinciden en que:

- Dios sabe lo que le pasa a Job.
- Ha hecho caer sobre él esas calamidades (o las ha permitido).
- Dios es justo y no se le puede atribuir ninguna injusticia.
- Quien obra bien recibe su premio y el que obra mal el castigo.
- Es imposible que Dios distribuya de manera azarosa los bienes y los males.

Se tratará entonces de encontrar una respuesta para lo que le sucede a Job. La más dura de las explicaciones proviene de Job mismo: Dios abandona a la especie humana, de tal modo que no importan los merecimientos, el justo y el pecador le son indiferentes. Sus amargas palabras "...El se ríe de la desgracia de los inocentes" (Job IX, 23)<sup>30</sup>.

Maimónides nos dice que esta manera de sentir de Job sólo es comprensible si se tiene en cuenta su "estado de ignorancia" (llama así al conocer a Dios por tradición y no por reflexión). Cuando alcanza el "estado de conocimiento", se da cuenta de que la felicidad reside en Dios. Se produce entonces el segundo momento en la actitud de Job, que es el arrepentimiento y la penitencia<sup>31</sup>.

Elifaz dirá que Job debe haber cometido alguna falta para merecer tales penas. No debe ser tan justo a los ojos de Dios.

Para Bildad, si Job es inocente y no cometió ninguna falta, Dios lo compensará por sus sufrimientos. Dios lo hace sufrir para darle una mayor felicidad.

Sofar sostendrá que todo depende de la voluntad de Dios y que no hay que buscar ninguna explicación a por qué Dios hace una cosa u otra.

Maimónides explica que la primera opinión de Job coincide con la de Aristóteles, la de Elifaz con la de la ley judía, la de Bildad con la de los mutazilíes<sup>32</sup> y la de Sofar con la de los Asaríes<sup>33</sup>.

Por último, la opinión más valiosa para Maimónides sería la de Elihu, que pone de manifiesto la limitación humana para comprender lo que sucede en el universo. Es decir que el hombre no se puede formar una idea justa de la Providencia divina, ni de su modo de gobernar el mundo, porque juzga de acuerdo con el modo humano de gobernar y de saber.

<sup>30</sup> *Guía*, III, 23, p. 173.

<sup>31</sup> A. Sertillanges, analizando la segunda actitud de Job, quien "se rinde anonadado por la admiración y el respeto", considera que a pesar de ese sometimiento a la voluntad divina el problema planteado permanece sin solución, sigue en un plano de misterio que todavía no puede ser aclarado (*Le problème du mal*, Paris, 1951).

<sup>32</sup> Los *mutazilíes* (nombre que significa "separados" o "disidentes") sostienen las ideas de *compensación* y de *prueba*. La primera abarcaría a los animales, la segunda al hombre. Según ellos Dios prueba a algunos individuos para otorgarles una mayor recompensa.

<sup>33</sup> Los Asaríes sostienen el fatalismo. Para ellos las acciones de Dios no tienen ningún fin en relación con la naturaleza, sino que son sólo el resultado de su voluntad. Niegan toda causalidad. Consideran a Dios el Dueño absoluto de su creación en la que El hace lo que quiere. S. Munk, *Mélanges...*, p. 324 y ss. *Guía*, III, 17, p. 125.

*Conclusiones*

Para Maimónides el mal forma parte de la realidad, es un elemento constitutivo de su modo de funcionamiento. Es "mal" en tanto lo es "para el hombre", porque es él quien así lo califica desde su ignorancia de los designios del Creador.

En cuanto al mal físico, la explicación de Maimónides se apoya en la necesidad de perpetuación del todo por sobre las partes (individuos). Su referencia a la acción indirecta de Dios como causa del mal está dirigida a subrayar que Dios sólo puede realizar el bien y el ser, pero la variedad de la creación tiene, en algunos niveles, como requisito la privación.

El mal moral es concebido como un desorden, como un alejamiento de Dios, donde el hombre opta por la materia y deja de realizar su esencia. En este planteo Dios y la materia aparecen como dos extremos opuestos, aunque la misma materia sea obra de Dios<sup>34</sup>.

La responsabilidad por el mal moral recae en el hombre, quien con su elección puede tergiversar el orden correcto. En ningún momento Maimónides reduce el mal físico al mal moral, sino que el primero parece ser, en realidad, algo accidental y propio de las leyes que rigen el universo.

La actitud que para Maimónides debe asumir el hombre frente al mal puede sintetizarse en dos nociones: la primera, acercamiento a Dios para comprender mejor el plan del Creador. La segunda, que se desprende de la anterior, resignación y aceptación frente a los designios misteriosos de Dios. De esta manera el "perplejo" puede encontrar una síntesis entre su deseo de conocimiento racional y la evidencia de su propia limitación.

<sup>34</sup> Cf. Tresmontant (*Essai sur la pensée hebraïque*, Paris, 1956), hace notar que el hebreo no es dualista, no condena lo sensible a quedar irreductiblemente separado de lo inteligible, y el mundo bíblico es exactamente lo contrario del mundo maniqueo.